

LA IDEA MUSSOLINIANA DEL PODER EN LA CONCEPCION FASCISTA DE LA POLITICA EXTERIOR Y DE LAS RELACIONES INTERNACIONALES

Por GUSTAVO PALOMARES LERMA

SUMARIO

INTRODUCCIÓN.—1. INTERVENCIONISMO-NACIONALISMO EN LA GÉNESIS IDEOLÓGICA AUTORITARIA DE MUSSOLINI.—2. LA CONCEPCIÓN FASCISTA DE LA POLÍTICA EXTERIOR.—3. IMPERIALISMO Y COMPORTAMIENTO INTERNACIONAL.—4. LA CONCEPCIÓN FASCISTA DE LAS RELACIONES INTERNACIONALES.—5. CONSIDERACIONES FINALES.

INTRODUCCION

Para algunos científicos sociales, los regímenes autoritarios son un «accidente» en la historia, propiciado por razones coyunturales que se explican, exclusivamente, a partir del estudio de la situación interna de los países en que se producen (1).

El análisis de los procesos políticos, económicos y sociales internos que propician el nacimiento de los «fascismos», así como del complejo medio internacional donde éstos se producen, demuestra las insuficiencias de estos razonamientos simplificadores. Se debe señalar, en este sentido, que la mayor parte de las veces las causas originarias o los primeros gérmenes que, sin

(1) En el caso italiano son interesantes en este sentido los estudios de BERSTEIN y MILZA en su libro *L'Italie contemporaine des nationalistes aux européens*, Armand Colin, París, 1973.

ser constitutivos de este tipo de regímenes, abonan el terreno para un surgimiento posterior se remontan años atrás en la historia de estas sociedades. De igual forma, la evolución posterior de los Estados que sufrieron estas formas políticas autoritarias se halla condicionada en muchos aspectos por la herencia negativa recibida.

La influencia que tienen las sucesivas crisis y conflictos internacionales, a modo de catalizador, en el proceso de formación de los primeros grupúsculos fascistas y en la constitución de Estados de este signo, así como su repercusión en la sociedad internacional del momento, relativiza la consideración del fenómeno como estrictamente nacional. La ideología autoritaria, y el fascismo italiano más concretamente —como ya señaló Gramsci—, es un acontecimiento internacional de extrema importancia para comprender la crisis general en el período de entreguerras, tanto en el terreno de la actividad interior y exterior de los Estados como en el dominio de las ideas y de la cultura en Europa (2).

El estudio desde una perspectiva amplia que supere la calificación de hecho aislado y nacional abre el camino para un mejor conocimiento de la naturaleza de estos regímenes y enriquece la interpretación de una gama extensa de fenómenos contemporáneos en el terreno interno y externo de los Estados (3).

Partiendo de este enfoque, se han estudiado los regímenes autoritarios como formación ideológica, al tiempo que se han analizado las estructuras económicas y sociales que propician su nacimiento. Otro aspecto abundantemente tratado ha sido el de estos partidos únicos y su relación con el aparato estatal, e incluso se han analizado las causas psicológicas colectivas de lo sucedido. No obstante, un aspecto parcial e insuficientemente tratado, a pesar de los estudios aparecidos últimamente en la bibliografía italiana y española, es el que se refiere al análisis de la vertiente internacional del fenómeno.

El estudio de esta cuestión supone no sólo analizar la compleja realidad internacional durante el período de entreguerras y los factores externos en relación con el surgimiento de estos regímenes en Europa, sino también la política exterior de estos Estados y su repercusión en las relaciones internacionales del momento, así como su influencia en el desarrollo posterior de la sociedad internacional.

(2) Véase A. GRAMSCI: *Antología*, Siglo XXI, Madrid, 1974. (Discurso en la Cámara el 16 de mayo de 1925.)

(3) Esta consideración amplia del fenómeno ha venido principalmente de la Ciencia Política en el estudio de cuestiones como los procesos de modernización política, las teorías del liderazgo y de la dictadura, las relaciones entre poder político y economía, etc.

El principal objetivo que nos marcamos en este estudio es sólo una pequeña parte de lo que podríamos calificar como regímenes autoritarios y medio internacional. Intentaremos a lo largo de estas líneas analizar los principios ideológicos conceptuales que conformaron la idea mussoliniana de las relaciones internacionales y de la política exterior. No pretendemos con ello elaborar un modelo de la política exterior en estos regímenes considerando el que se produce en Italia de 1922 a 1945 como un «modelo ideal». Sin embargo, pensamos que existen una serie de elementos definitorios que son aplicables, en mayor o menor grado, a las experiencias históricas autoritarias de diferentes países. En este sentido se puede apuntar que no hay un solo modelo que lo abarque todo, pero —como señala Woolf— existen «... unos esquemas comunes que pueden analizarse con cierto grado de precisión» (4).

Es obvio señalar que la política exterior de un Estado viene condicionada por una serie de caracteres económicos, geográficos, demográficos, etc., que definen a ese Estado y hacen que su política exterior sea peculiar. De igual forma, el desarrollo de la política interna condiciona —principalmente en los regímenes autoritarios— la acción que el Estado desarrolla en el exterior. Por otra parte, es necesario tener en cuenta que los cambios de régimen político, normalmente, no presuponen una modificación inmediata de las líneas generales de la política exterior tradicional de un Estado; existe un proceso lento de acomodación ideológica, de reajuste de fines y de medios utilizables que es necesario estudiar en cada caso concreto. Si tenemos en cuenta estas limitaciones, difícilmente superables, las posibilidades para establecer aspectos comunes de estos regímenes en este ámbito concreto de la política exterior se ve reducido, en primer plano, al análisis de las coincidencias dentro de los principios ideológico-conceptuales que conforman dicha política exterior, y en un segundo plano, la similitud de objetivos que pretenden alcanzar y los recursos utilizados para obtenerlos.

Intentaremos en este estudio analizar el primer plano al que nos hemos referido, centrándonos en el estudio de la formación mussoliniana del poder en conexión con la política exterior y las relaciones internacionales. Esta elección obedece no sólo a que el sistema político dirigido por Benito Mussolini fuera el primero en aparecer en la escena internacional, sino también porque el régimen formado en Italia en 1922 y la política por él desarrollada en el interior y en el exterior condicionó el comportamiento posterior de otros Estados autoritarios nacidos en Europa. Su configuración estatal y su pecu-

(4) Cfr. S. J. WOOLF: *La naturaleza del fascismo* (trad. de Amparo García Burgos), Ed. Grijalbo, México, 1974, págs. 9 y sigs.

liar forma de concebir la política exterior influyó, consciente e inconscientemente, en las experiencias autoritarias posteriores (5).

1. INTERVENCIONISMO-NACIONALISMO EN LA GENESIS AUTORITARIA
DE MUSSOLINI

La crisis política y social italiana que desemboca en la intervención de este país en el primer conflicto europeo es considerada por todos los estudiosos como punto de partida del fenómeno fascista.

La guerra europea supuso el afloramiento de los problemas históricos que esta nación había sufrido antes y después de su unificación en 1861. El antagonismo de clase, que venía determinado principalmente por las distintas singularidades regionales con grados de desarrollo económico paralelos, con raíces culturales y lingüísticas diferentes, subsistieron después de la unificación política, siendo un obstáculo difícil para la obtención de una verdadera conciencia o espíritu nacional.

Esta lacra, según Tannenbaum, no consistía en ninguna «inferioridad inherente», sino en una «inhabilidad congénita para trabajar juntos» dentro de un marco nacional, fue interiorizada por la sociedad italiana como destino que obligaba a Italia a permanecer detrás de los países más avanzados de Europa (6).

Este sentimiento de inferioridad nacional fue aprovechado ya no sólo por el Gobierno de Salandra y otros grupúsculos intervencionistas para propugnar la entrada italiana en el conflicto, intentando ver en ello una solución rápida de los problemas nacionales, sino que también constituye el principal factor aprovechable por los sucesivos planteamientos fascistas en política exterior.

Como han señalado Milza y Berstein, Italia no se comprometió en la guerra por razones ideológicas, sino básicamente para acabar su unidad y situar a Italia en el papel internacional que le correspondía como país con «vocación» balcánica y mediterránea (7).

(5) Sobre el fascismo italiano como modelo («paradigma») véase M. PASTOR: *Ensayo sobre la dictadura (bonapartismo y fascismo)*, Tucar Ed., Madrid, 1977, páginas 72-77.

(6) En este sentido se expresa E. R. TANNENBAUM: *La experiencia fascista. Sociedad y cultura en Italia, 1922-1945*, Alianza Editorial, Madrid, 1975, pág. 25.

(7) La obra más interesante para conocer la aportación política y cultural de Cavour a la unidad italiana es la de R. ROMEO: *Cavour e il suo tempo*, Laterza, Bari, 1969. También sobre su pensamiento y visión de la política exterior se encuentra el

Esta reivindicación de un mayor protagonismo de Italia en la política europea vendría determinada por la condición de ser la más pequeña de las grandes potencias. Se encontraba en la imposibilidad de hacer una política autónoma, principalmente por falta de medios y por no contar con un espacio europeo en el cual ejercer su influencia. Ante la supremacía alemana en Europa, la influencia de Austria-Hungría en los Balcanes, la dominación absoluta de los mares por Gran Bretaña y el bloque franco-ruso, Italia ocupaba un papel secundario.

Este planteamiento, que ve en la guerra la única solución para conformar una verdadera conciencia nacional, no será compartido por la totalidad de la clase dirigente italiana, ya que los liberales de Giolitti, que coincidían en los fines, pero no en la utilización de la guerra como medio, preconizaban la política del *parecchio* o política de neutralidad.

La decisión última para intervenir en el conflicto fue tomada por el Presidente del Consejo, Salandra, y el Ministro de Asuntos Exteriores, Sonnino, que se consideraban herederos del *Risorgimento* y de la idea cavouriana de la preeminencia cultural de Italia. Para ellos, hacer la guerra era hacer la nación.

La consideración de la guerra como acto nacional será uno de los puntos más claros de unión entre las propuestas liberales de intervención y los planteamientos mussolinianos, que veían en el conflicto la única fórmula para reforzar moralmente la unidad de la nación (8).

Es necesario, antes de recoger la postura intervencionista de Mussolini, señalar que la intervención no tenía el respaldo de las grandes mayorías políticas italianas, que se declaraban contrarias a la guerra. Tanto los liberales de Giolitti como los católicos y socialistas eran partidarios de mantener a Italia ajena al conflicto.

Sólo unos pequeños grupos marginales son favorables a la intervención: los nacionalistas, alentados por un grupo de intelectuales, a la cabeza de los cuales se encontraba D'Annunzio, y algunos sindicalistas revolucionarios como Carridoni o marginados del socialismo como Mussolini. También un mínimo

libro del que fuera embajador de Francia M. PALEOLOGUE: *Cavour un grand réaliste*, Plon, París, 1925.

(8) Una justificación de la guerra utilizando los argumentos liberales puede encontrarse en R. FARINACCI: *Storia della rivoluzione fascista. Il 1919*, vol. I, «Cremona Nuova», Cremona, 1937, pág. 5. El párrafo al que hacemos referencia señala: «... ma solo nell'ultima guerra, che ha conchiuso l'età del Risorgimento dopo la dominazioni straniere, tutte le regioni e tutti i ceti sociali d'Italia hanno combattuto: per la prima volta, il nostro popolo ha conquistato la coscienza politica della sua unità, della sua libertà, dell suo prestigio, fra le Nazioni...».

número de republicanos radicales y socialistas moderados, que consideraban que Italia debía «correr en socorro de la democracia» (9).

Estos grupos minoritarios ocuparon un papel trascendental, ya que, por medio de una agitación violenta, apoyaron la acción de gobierno, creando la ilusión de la adhesión popular y presionando al Parlamento para que ratificara una decisión que ya había sido tomada con el consentimiento de la Corona.

Este fue sin duda —coinciden todos los estudiosos— el «golpe mortal» para el régimen parlamentario, que demostró su incapacidad para controlar al ejecutivo, más aún cuando no era la primera vez que se tomaba una decisión de tanta trascendencia ignorando la voluntad de la Cámara.

Este papel secundario del Parlamento en la vida política es una prueba de los problemas que venía arrastrando el régimen liberal, con una crisis económica que, si en Europa era ya grave en la primavera de 1914, en Italia se manifestaba especialmente aguda y con unas consecuencias de agitación social importantes.

La crisis interna, que podía desembocar en un peligro revolucionario, fue una de las razones que más pesaron en la decisión última adoptada por el Gobierno de Salandra; no obstante, pocos estudios han analizado los factores externos que influyeron en la toma de postura de los diferentes grupos e incluso en el propio Mussolini.

La decisión italiana de intervenir en el conflicto no fue ajena a las presiones internacionales que, por uno y otro bando, se realizaron para forzar a Italia a romper la neutralidad declarada en agosto de 1914 (10).

Estas presiones tomaron la forma no sólo de contactos diplomáticos, en donde se aseguraban ventajas territoriales en caso de intervención al lado de uno u otro bando, sino también en una serie de presiones económicas y financieras, al igual que en apoyos económicos a las posturas internas que defendían la intervención.

En este sentido hay que resaltar las acciones que en el terreno económico y financiero desarrolló el Gobierno francés para reemplazar la influencia que

(9) En el órgano de propaganda de los nacionalistas, *L'Idea Nazionale*, aparecen en este período artículos que intentan demostrar los beneficios que tiene para Italia entrar en el conflicto. Igualmente, el 5 de mayo de 1915 recoge el discurso intervencionista de D'Annunzio. Sobre las corrientes intervencionistas, cfr. CORRADO DE BIASE: *L'Italia della neutralità all'intervento nella prima guerra mondiale*, Modène, Roma, 1965; también, F. MANZOTTI: *Il socialismo reformista e la guerra 1915-1918*, Nuova Antologia, Roma, 1963; I. BONOMI: *La politica italiana dopo Vittorio Veneto*, Nuova Antologia, Roma, 1953.

(10) Recogido de la recensión de A. ANDRIULLI sobre el libro de SALANDRA *La neutralità italiana*, publicado en la revista *L'Italia che Scrive*, año XI, núm. 5, abril 1928, págs. 124 y sigs.

Alemania detentaba en la economía italiana. Estas acciones tenían como principal fin introducirse en el mercado italiano, desarrollando las exportaciones francesas a este país para de esta forma sustituir y reducir las mercancías de origen alemán. Para llevar a cabo esta estrategia fue decisivo el papel que desempeñaron las Cámaras de Comercio francesas en territorio italiano o las organizaciones mixtas como la Liga Franco-Italiana de Turín, coordinadas por la Oficina Nacional de Comercio Exterior, que centralizaba todas las demandas públicas y privadas para, de esta forma, tener un perfecto conocimiento de las necesidades italianas.

Por otro lado, se intentó ejercer una influencia financiera creando un gran banco de negocios en el cual el capital francés fuera mayoritario; el principal objetivo de este proyecto era propiciar una fuerte competencia con la Banca Comercial Italiana y así contrarrestar el poder que este banco tenía en la vida económica y política de este país.

Conjuntamente con estas presiones económicas y financieras se desarrollaron acciones por ambos bandos para condicionar la toma de postura en la opinión pública interna. La visita del canciller alemán Von Bulow, en misión extraordinaria en Roma a finales de 1914, se enmarca dentro de la campaña lanzada en los medios periodísticos e intelectuales italianos. Al igual que la visita del católico Erzberger y también de los socialistas Lidekum y Haase, intentaban fortalecer las posturas germanófilas frente a las actividades por parte aliada y especialmente francesas (11).

El estudio aislado de este tipo de acciones, a tenor de los datos recogidos, podría llevar a ciertas interpretaciones que vieran en este tipo de presiones exteriores la principal razón del cambio producido en Mussolini, que le llevó en pocos meses de sus planteamientos de neutralidad relativa, desde su puesto de director de *Avanti!*, a la defensa de la intervención plena de Italia en la guerra (12). Estos planteamientos creemos deben ser matizados si se analizan, como hizo Gramsci, las diferentes posiciones dentro del socialismo italiano sobre el neutralismo del proletariado. Este análisis del cambio operado

(11) Se desprende de los informes diplomáticos remitidos por el embajador francés Barrère al Quai d'Orsay, cit. por P. MILZA y S. BERSTEIN: *L'Italie contemporaine...*, págs. 211 y sigs. También de los informes remitidos por los consulados franceses, especialmente el de Florencia, a la Embajada francesa en Roma y remitidos por Barrère a París. Véase en *Q. D. Z.-Europe, 1907-1918, Italie*, t. 86.

(12) Benito Mussolini, entonces director del periódico del PSI *Avanti!*, publicó en ese periódico el 24 de octubre de 1914 un artículo en el que sostenía una política de «neutralidad relativa» en la guerra. El PSI, que sostenía una política de neutralidad absoluta, destituyó a Mussolini de la dirección del periódico. Tres semanas después, el 15 de noviembre, aparecía el nuevo periódico de Mussolini, luego órgano de difusión del fascismo, *Il Popolo d'Italia*, proponiendo la intervención plena en la guerra.

en Mussolini, fundamental para entender el primer germen de su concepción sobre la política exterior, demuestra cómo éste se va produciendo paulatinamente producto de la reflexión teórica (13).

Los informes de Barrère, embajador francés en Roma, inducen a pensar que las medidas anteriormente expuestas se desarrollaron dentro de una discreción absoluta para no levantar suspicacias por parte del Gobierno italiano, pero no por ello dejaron de ser intensas, participando en la financiación de la campaña intervencionista iniciada por Mussolini en el mes de octubre de 1914 (14).

En este mismo sentido se dirigen las investigaciones de los profesores Berstein y Milza, que encontraron los canales para llevar a cabo tal operación:

«... avaient intérêt à subventionner la campagne du *Popolo d'Italia*, le journal qu'il fonde le 15 novembre 1914, avec des fonds provenant en partie de Filippo Naldi, propriétaire du quotidien bolognais *Il Resto del Carlino*, d'industriels et d'hommes d'affaires italiens intéressés par les commandes de matériel de guerre (la FIAT, l'Ansaldo et en général les de l'industrie lourde), et par le reste fournis par les Français, qu'il s'agisse des fonds secrets mis à disposition de Barrère, ou des sommes versées à Mussolini par les socialistes français (l'intermédiaire étant Dumas, le secrétaire de Jules Guesde, puis Cachin)» (15).

(13) A. GRAMSCI, en su artículo «Neutralidad activa y operante», en *Il Grido del Popolo* de 31 de octubre de 1914, hace un análisis de las diferentes posturas neutralistas dentro del PSI, intentando demostrar lo conveniente que sería para el proletariado abandonar la política de neutralidad absoluta seguida hasta ese momento y pasar a una política de neutralidad activa y operante. Este cambio lo explica de la siguiente forma: «... Pero los revolucionarios que conciben la historia como creación de su propio espíritu, hecha por una serie ininterrumpida de tirones provocados por las fuerzas activas y pasivas de la sociedad..., no deben contentarse con la fórmula provisional de neutralidad absoluta, sino que deben transformarla en una neutralidad activa y operante...» Esta conexión entre guerra y revolución fue uno de los puntos que más ardientemente defenderá Mussolini para propugnar primero la neutralidad relativa y posteriormente la intervención en el conflicto. En su artículo, GRAMSCI critica las posiciones que ANGELO TASCA expone en el número anterior de *Il Grido del Popolo* sobre el llamado «caso Mussolini», señalando que Tasca tenía que haber sido más cauto en sus críticas a Mussolini.

(14) Véase en *Q. D. Z.-Europe, 1907-1918, Italie*, t. 86. En el mismo sentido se expresa SALVATORELLI en su libro *Il fascismo della politica internazionale*, Guanda, Roma, 1946, pág. 62; igualmente señala SALVEMINI en *Scritti sul fascismo*, Feltrinelli, Milán, 1961, opere VI, vol. I, pág. 9.

(15) Véase MILZA/BERSTEIN: *L'Italie contemporaine...*, pág. 213.

A pesar de esta afirmación, la postura intervencionista adoptada por Mussolini en noviembre de 1914 no venía determinada por las «ayudas» económicas que hubiera podido percibir, sino por el convencimiento de que la guerra era una oportunidad revolucionaria que no había que desaprovechar. Hay que hacer constar que este planteamiento guerra-revolución, desde diferentes interpretaciones y premisas, no había sido ajeno a las diferentes argumentaciones teóricas dentro del Partido Socialista, incluidas las gramscianas.

Las tesis socialistas, que consideraban la guerra como enfrentamiento entre imperialismos, eran tildadas por Mussolini como reformistas, ya que renunciaban al internacionalismo revolucionario. Es evidente afirmar que, en este momento, Mussolini poseía pocas opiniones definidas en materia de política exterior y que sus posiciones intervencionistas, que poseían un cierto carácter internacional, venían propiciadas por planteamientos y objetivos internos. No obstante, hay que señalar que la unidad ideal *intervencionismo-nacionalismo* será en buena parte el núcleo central del credo fascista en sus planteamientos exteriores (16).

Para Mussolini, el pacifismo era una forma de renunciar a la dinámica revolucionaria. La guerra europea era la única solución revolucionaria en la sociedad capitalista que podría propiciar, según sus planteamientos, la victoria del socialismo. Para ello sería necesario «... la distruzione del massimo ostacolo a quel trionfo: la egemonia feudale e militare tedesca» (17).

Algunos autores afirman que el fascismo se creó mediante la nacionalización de determinados sectores de la izquierda revolucionaria (18) —el caso de Pannunzio y de Olivetti parece claro (19) aplicado a los planteamientos políticos internos de Mussolini—; sin embargo, no parece correcto identificar los planteamientos de los sindicalistas revolucionarios, transformados en «nacional sindicalistas», con determinados planteamientos de Mussolini en el plano internacional. Incluso en 1916, Pannunzio publicó una conferencia, «Il concetto della guerra giusta», como algo muy distinto del significado de

(16) Consultar D. MACK SMITH: *La guerre del Duce*, Laterza, Roma, 1979, pág. 5.

(17) Sergio Pannunzio fue uno de los representantes del sindicalismo revolucionario que más ardientemente defendió la entrada de Italia en el conflicto desde las páginas de la revista *Utopia*. Recensión por E. GENTILE: *Le origini dell'ideologie fascista*, Laterza, Bari, 1975, págs. 28-30. Véase B. MUSSOLINI: «Dalla neutralità assoluta alla neutralità attiva ed operante», en *Avanti!*, 18 octubre 1914.

(18) Cfr. S. G. PAYNE: *El fascismo*, Alianza Editorial, Madrid, 1982, pág. 50. Sobre la evolución del sindicalismo revolucionario y sus conexiones en el plano internacional con el fascismo hay que destacar la obra de D. ROBERT: *The Syndicalist Tradition and Italian Fascism*, C. H. H., Chapel, 1979, págs. 121 y sigs.

(19) Véanse PANNUNZIO: *Stato nazionale e sindacati*, Milán, 1924; OLIVETTI: *Il sindacalismo come filosofia e come politica*, Milán, 1924.

la guerra como hecho imperialista. Con posterioridad publicó un folleto en apoyo de la Sociedad de Naciones (20).

Una estrategia que nos parece más correcta para analizar este «proceso de nacionalización» es el estudio del pensamiento del que será futuro Duce, en donde se demuestra que la mutación ideológica que en él se produce, a raíz del enfrentamiento radical con las posturas neutralistas del Partido Socialista, se manifiestan principalmente con la introducción en su discurso del concepto de «nación», que para Mussolini será «come un mito —alla maniera sorelliana— in cui credere per realizzare l'unità d'un popolo imponendogli una meta collettiva, ora alla maniera darwinista» (21).

El abandono de la tesis socialista del internacionalismo y la aceptación de un «internacionalismo» reaccionario se pondrá de manifiesto en una entrevista concedida a *La Patria-Il Resto del Carlino* en noviembre de 1914; en ella Mussolini afirma:

«Ed allora io sono tratto a domandarmi si l'internazionalismo non sia un oggetto di lusso, una di quelle idee - lisiute, che si possono anche portare nel proprio bagaglio dottrinale o piuttosto morale... Io mi demando se l'internazionalismo sia un elemento assolutamente necessario alla nozione di socialismo. La critica socialista di domani potrebbe anche esercitarsi a trovare una forza di equilibrio fra la nazione e l'internazionalismo» (22).

Es de esta forma como el «revolucionarismo nacional», que elevaría el crecimiento económico y militar bajo una «verdadera conciencia» fuera del enfrentamiento entre clases e intentando encontrar un equilibrio entre política exterior y sentimiento nacionalista, serán los conceptos centrales de los *Fasci d'azione rivoluzionaria* en enero de 1915.

Este planteamiento, que ve en la intervención ya no sólo una actitud revolucionaria, sino también la mejor forma de «afirmación nacional» frente a otras realidades nacionales, será utilizado sistemáticamente por la demagogia mussoliniana para negar el patriotismo neutralista de los liberales, «... che avevano tradito il Risorgimento», y erigirse en sus planteamientos exteriores en bandera del nacionalismo:

«Signori del Governo... e'da tre anni che noi andiamo proclamando la necessità di dare un contenuto social interno e esterno alla

(20) Véase PANNUNZIO: «La crisi dello Stato moderno e la S. D. N.», en *Vita Internazionale*, núm. 73, 20 julio 1920, págs. 305-319.

(21) E. GENTILE: *Le origini...*, cit., pág. 38.

(22) Cfr. *La Patria-Il Resto del Carlino*, 11 noviembre 1914.

guerra, non solo per ricompensare le masse che hanno difeso la Nazione, ma per legarle anche nell'avvenire alla Nazione un posto in il mondo...» (23).

La relación entre «fascismo revolucionario», «intervencionismo» e «internacionalismo patriótico» será el eje central del pensamiento mussoliniano en su transformación ideológica, y queda reflejado en los sucesivos artículos publicados en *Il Popolo d'Italia* en marzo de 1919, mes en el que tendrá lugar el congreso constitutivo del *Fasci di Combattimento* en Milán (24).

2. LA CONCEPCION FASCISTA SOBRE LA POLITICA EXTERIOR

Analicemos con detenimiento la concepción mussoliniana de la política exterior dentro de la trilogía a la que nos referíamos en el último párrafo. El mantenimiento de las tesis revolucionarias, vaciadas de todo contenido internacionalista de clase, será aplicado como un elemento de desarrollo y cohesión interna que propiciaría una potencialidad en el exterior.

La relación que se establece, a partir de estos planteamientos, entre el desarrollo revolucionario interno —propiciado por el compromiso intervencionista— y una acción exterior fuerte y respetada, que tomará la fórmula de «política exterior nacionalista», será una de las características fundamentales en los principios inspiradores y una de las constantes de la política exterior fascista.

Ampliando esta idea, el orden del discurso que se establece en la relación mussoliniana de la política a seguir en el interior y en el exterior sería el siguiente: No es posible realizar una política exterior fuerte, que compita con las grandes potencias europeas, si no existe un respaldo nacional absoluto de esa política. El único camino para obtener esa cohesión nacional fuera de los enfrentamientos políticos y de clase es el movimiento fascista revolucionario.

Por tanto, el proceso interno condiciona la política exterior: una política exterior óptima sólo se podrá realizar cuando el proceso interno esté conso-

(23) Carta de Mussolini al Gobierno recogida en *Il Popolo d'Italia*, 16 enero 1919.

(24) El 2 de marzo de 1919 el *Popolo d'Italia* publica una invitación a todos los «Combattenti, ex-combattenti, cittadini e rappresentanti dei Fasci della Nuova Italia e del resto della Nazione...». El 6 de marzo, en el mismo periódico, escribe Mussolini una invitación señalando: «Il 23 de marzo sarà creato l'antipartito, sorgeranno cioè i Fasci di Combattimento...»

lidad, lo que supone una concepción en donde la dominante es la política interna, a la que la exterior estará supeditada.

La reivindicación de una «política exterior nacional» será el punto más destacado en el programa de los *Fasci di Combattimento* en lo que se refiere a un primer planteamiento general de la política exterior por parte del nuevo movimiento. Así recoge Buron el punto trece del programa:

«NOUS VOULONS: ... — Une politique extérieure nationale tendant à favoriser les buts de la civilisation de la nation italienne dans le monde» (25).

Este carácter «nacional», que nosotros llamaríamos nacionalista, será una de las constantes de los planteamientos fascistas en este terreno, recogiendo de esta forma el enfoque de los personajes más eminentes del nacionalismo, como Federzoni, Coppola, Corradini o Rocco. Estos dos últimos fueron, en buena parte, el núcleo central del credo fascista, señalando en sus escritos que los asuntos exteriores debían tener prioridad, que la grandeza de Italia constituía el primer objetivo político y que Italia debía romper el equilibrio existente en Europa con la intención deliberada de asumir el papel de gran potencia imperial (26).

La ideología nacionalista no es un elemento accidental en estos y en los posteriores planteamientos fascistas de la política exterior. La exaltación nacional no es un hecho aislado dentro de la sociedad internacional porque se realiza como oposición a otros sujetos de esa sociedad (27).

Esta idea de conflicto es la base donde se asientan los principios conceptuales mussolinianos de la política exterior, que el Duce definirá de la siguiente forma:

«... la politica estera è la proiezione globale e complessa di una nazione del mondo in competenza con altri nazioni» (28).

Si analizamos esta definición vemos que la política exterior, según su concepción, se encuentra permanentemente envuelta en la contradicción entre

(25) El programa de los *Fasci di Combattimento* está publicado en *Il Popolo d'Italia* de 6 junio 1919. Recensión por T. BURON y P. GAUCHON: *Les fascismes*, PUF, París, 1979, págs. 26-27.

(26) Véase F. ERCOLE: *Pensatori e uomini d'azione*, Vallecchi, Milán, 1935, página 400.

(27) Véase M. VAIDA: *Fascisme et mouvement de masse*, Le Sycomore, París, 1979, pág. 26.

(28) Véase B. MUSSOLINI: «La politica estera alla Camera dei Diputati», 15 de noviembre 1924. Recensión en *Opera Omnia*, vol. XXI, págs. 164-169.

los intereses particulares en el interior de la nación como entidad singular y todas las otras naciones como realidades también particulares con intereses nacionales propios. Esta tensión competencial, creada artificialmente, se traduce, como veremos posteriormente, por un lado en una política agresiva y expansionista y por otro en una fórmula que permita asegurar la cohesión interna del movimiento.

Los elementos que destacan, por tanto, en la idea mussoliniana de la política exterior son: por un lado, la definición de la política exterior como reflejo de la nación —por tanto, limitada y sujeta a los procesos internos—; por otro, la componente competencial y agresiva en el desarrollo de ésta frente a otras naciones.

Este carácter nacionalista irá tomando, al pasar de los años, la forma de «defensa de la dignidad nacional» como uno de los principios fundamentales que inspirarán dicha política y constituyendo uno de los conceptos centrales de la demagogia fascista en este terreno. Tomaso Sillani, hablando de este aspecto, lo destacará como «uno de los logros más importantes conseguidos por el Estado fascista en perfecta armonía con su política interna»:

«Les étapes successives de cette politique ont révélé toujours plus clairement leur parfait enchaînement et une conception unique, centrale, soucieuse tout à la fois de sauvegarder jalousement la dignité nationale... Les relations internationales de l'Italie, telles qu'elles résultent du développement organique de sa politique étrangère sont donc en parfaite harmonie avec le développement et le caractère de sa politique intérieure» (29).

Este concepto se podría definir, por tanto, como la defensa en el exterior de los intereses derivados de la obtención de una «verdadera conciencia nacional», sueño dorado del pensamiento liberal italiano que fue presentado como uno de los principales logros del fascismo en el desarrollo posterior de su política exterior.

(29) Véase *Lo Stato mussoliano e la realizzazione del fascismo nella nazione*, Roma, 1930, trad. al francés por A. Laborde con el título *L'État mussolinien et les réalisations du fascisme en Italie*, Plon, París, 1931. Es un conjunto de textos reunidos por T. SILLANI, director de *La Rassegna Italiana*. El párrafo recogido en el texto aparece en las págs. 12-13 de la versión francesa.

3. IMPERIALISMO Y COMPORTAMIENTO INTERNACIONAL

Otro de los aspectos fundamentales en la concepción fascista de la política exterior es el que se refiere a su componente expansionista e imperialista. Este, al igual que su concepción nacionalista, estará presente desde el inicio del movimiento y tendrá como primera manifestación la ocupación de Fiume por el poeta D'Annunzio y sus voluntarios *ardite*.

La ocupación de Fiume se produce en el momento propicio para canalizar la «frustración» colectiva que vive Italia en 1919, puesto que existe la conciencia generalizada de que ha recibido un trato secundario por parte de las potencias vencedoras. Las reivindicaciones italianas se basaban en el Tratado secreto de Londres de 26 de abril de 1915, por el cual Italia entra en el conflicto europeo a cambio de las promesas que suponían el dominio italiano sobre el Adriático y el Mediterráneo oriental, lo que significaba la anexión de Dalmacia. Las promesas fueron ampliadas con los acuerdos de Saint-Jean de Maurienne, suscritos en abril de 1917, en donde se establecía, para el caso de un desmembramiento de Turquía, una zona de influencia en Asia Menor con Adalia y Esmirna.

Con las promesas realizadas por parte aliada se abren las ilusiones por parte de la clase política italiana. Estas ilusiones tendrían una justificación si se analizan las repercusiones que la entrada de Italia en la guerra tuvo en la opinión pública francesa y británica (30).

Estas y otras afirmaciones de la prensa europea, producto de la típica euforia de guerra, chocaban con la imprecisión y ambigüedad en la formulación de los compromisos suscritos en el Tratado de Londres, como señalará el profesor Mario Toscano (31), e igualmente caían en contradicción con los planteamientos del presidente norteamericano Wilson, que en el punto noveno de su conocido mensaje al Congreso americano, en enero de 1918, había recogido que la cuestión del Adriático sería resuelta teniendo en cuenta la línea de demarcación claramente identificable y aceptada por las diferentes nacionalidades.

Este punto noveno recogía fielmente la creencia de Wilson de que existía

(30) Consultar los siguientes periódicos: *Journal*, 3 agosto 1914; *Echo de Paris*, 22 mayo 1915; *Daily Telegraph*, 21 mayo 1915; *Daily Mail*, 25 mayo 1915.

(31) Véase M. TOSCANO: *Il Patto di Londra*, Zanichelli, Roma, 1934. En este libro el profesor Toscano hace referencia a la falta de claridad y precisión en el Tratado. En este mismo sentido hay una reflexión de Gramsci que también hace referencia a la confusa formulación del Pacto. Véase también A. GRAMSCI: *Quaderni del carcere*, cuaderno 8, vol. II, Einaudi Ed., Turín, 1975, págs. 975 y sigs.

una «culpabilidad histórica» del sistema europeo, que en las luchas dinásticas había creado unas fronteras injustas que había que rectificar de una manera racional y teniendo en cuenta el principio de nacionalidad y el de autodeterminación (32). Este planteamiento se oponía, por tanto, a las reivindicaciones italianas sobre regiones ocupadas por alemanes y por eslavos e igualmente a las reivindicaciones italianas de Fiume.

En el momento del reparto, Sonnino y los nacionalistas siguen reivindicando la anexión de Dalmacia, en virtud del Tratado de Londres, y también Fiume, que en ese mismo Tratado no le había sido reconocido a Italia.

Si no eran atendidas las reivindicaciones anteriores, como realmente sucedió, Italia recibiría en el Adriático parte de la costa dálmata, mientras que el resto sería asignado al nuevo Estado de los serbios, croatas y eslovenos; no tendría ningún derecho sobre Fiume ni participaría en la distribución de mandatos sobre las antiguas colonias alemanas. La realidad, según nacionalistas y el propio Mussolini, distaba mucho de las promesas iniciales.

Es a partir de este momento, y aprovechando esta cuestión, cuando el elemento imperialista y expansionista empieza a aparecer en los planteamientos de la política exterior de Mussolini, cumpliendo un papel fundamental para obtener una mayor penetración del nuevo movimiento en la sociedad italiana.

La mayoría de los estudios realizados sobre este fenómeno hacen alusión al sentimiento de desánimo y frustración de la sociedad italiana, partiendo de analizar los «esfuerzos» realizados en el conflicto y el incumplimiento de los compromisos que habían inducido a Salandra a tomar la decisión de participar en la guerra. No obstante, cabe preguntarse si la situación de desánimo de la sociedad italiana se hubiera llegado a formar si no hubieran existido unos grupos que, capitalizando las «promesas incumplidas», colaboraron a construir esa conciencia común.

El inicial movimiento fascista canalizó la frustración colectiva que otros grupos, y principalmente él, habían contribuido a forjar. Los artículos escritos por Mussolini en *Il Popolo d'Italia* durante los meses de enero y febrero, las manifestaciones de nacionalistas y fascistas al grito de «Fiume o muerte» y las cartas de oficiales aparecidas en *L'Idea Nazionale* exacerbaban los sentimientos de la sociedad italiana (33).

(32) Véase E. NOLTE: *La crisis del sistema liberal y los movimientos fascistas* (trad. de Carles Ulises Moulines), Ed. Península, Barcelona, 1971, pág. 61.

(33) Son destacables los artículos de 16, 20 y 26 de enero de 1919 del *Popolo d'Italia*. Los artículos de *L'Idea Nazionale*, que llaman abiertamente a la insurrección, fueron recogidos en su día por P. NENNI en *La lutte de classes en Italia*, La Nouvelle Revue Socialiste, París, 1930, pág. 145.

Mussolini supo aprovechar perfectamente este «fervor popular» y vio en Fiume el inicio para llevar a Italia a conseguir «el poder europeo que Italia merecía»; es aquí donde los propios fascistas centran el inicio de su acción exterior, propiciada por una concepción imperialista y por la habilidad política de su líder:

«Mussolini è il primo che riveli quest'anima di tempesta; perche egli ha vissuto con il popolo in pace ed in guerra e penetra nel cuore degli uomini...» (34).

Fuera de esta visión mesiánica, es necesario destacar cómo la estrategia de Mussolini en este momento buscaba una justificación exterior para convertir un acto de propaganda en un hecho político capaz de transformar la situación interna y provocar la caída del Gobierno. En este sentido, la relación de Mussolini con D'Annunzio estuvo determinada por una admiración de su capacidad movilizadora en torno a la idea de Fiume como *citta italianissima*, y de esta forma, aprovechando la parquedad política del poeta, capitalizar el hecho para su movimiento (35).

Este inicio de la componente imperialista, que tendrá su primera manifestación en Fiume, incorporará —según Nolte— otro elemento que actuará como factor aglutinador de estos grupos. Este elemento hace referencia al rechazo de los planteamientos del presidente Wilson: el enfrentamiento entre dos propuestas diferentes de paz y de dos divisiones del mundo (36). La posición encontrada del presidente norteamericano con los negociadores italianos y su mensaje al pueblo italiano publicado en *Il Tempo* explicando su proyecto concerniente a la frontera italo-yugoslava fueron el detonante de la fiebre antiwilsoniana, que desde todos los sectores de la opinión pública italiana, exceptuando los socialistas, van a expresar la indignación del «sentimiento nacional», fielmente reflejado en las páginas de *Il Giornale d'Italia*, *Il Corriere della Sera* y *La Stampa* (37).

Este enfrentamiento daba pie a los argumentos que, descalificando la idea

(34) Véase R. FARINACCI: *Storia della rivoluzione...*, cit., pág. 20.

(35) Sobre la relación entre D'Annunzio y Mussolini, así como la influencia de éste en los planteamientos internacionales del segundo, consúltese la edición francesa de FRANCESCINI de la correspondencia entre los dos personajes (*D'Annunzio-Mussolini. Correspondence*, Buchet/Chastel Ed., París, 1974, págs. 8-10).

(36) Algunos autores como NOLTE centran los comienzos de la actividad del movimiento fascista en su enfrentamiento con las ideas de Wilson, actuando este fenómeno de catalizador en la formación de estos grupos. Véase E. NOLTE: *La crisis...*, cit., pág. 65.

(37) Véase *Il Tempo* de 23 abril 1919.

wilsoniana de paz como «illuminística e mitológica», propugnaban frente a ella una paz «duradera»:

«... contraddizioni verboli fra une pace wilsoniana, illuministica e mitologica ed una pace storica e veramente duratura, come quella avrebbe obbedito al principio della giustizia distributiva...» (38).

Esta alusión realizada por Farinacci al principio de justicia distributiva encuentra un significado concreto en la concepción fascista de la política exterior: pone en relación las reivindicaciones imperialistas de Italia como fruto de sus aspiraciones nacionales como entidad particular, con el comportamiento competencial-agresivo necesario en el desarrollo de su acción exterior, al que anteriormente nos hemos referido. Por tanto, la política exterior era también la afirmación de los intereses expansionistas italianos en competencia con el resto de las potencias europeas. Así pues, el «peligro» era no sólo «l'America che parlava del nostro continente come di un brutto luogo dove la storia era tutta di guerra», ni Wilson, «il Messia d'America, il quale veniva in Europa a portare la luce e a risolvere, con gli articoli del sacro Patto, tutti i problemi della storia europea, per tutta l'eternità»; el peligro era también, y principalmente, el «egoísmo» de las potencias europeas:

«Francia e Inghilterra avevano già trovato un compromesso, fra le non accordabili pretese del loro miope egoismo e i postulati astratti e superficiali dell'utopia wilsoniana, con il rigote logico dell'ipocrisia» (39).

Este «egoísmo» de las potencias, según la argumentación fascista, había desaprovechado la oportunidad de hacer de Italia un «elemento de orden y de conservación de Europa» y justificaba acciones que, como la de Fiume, eran fiel reflejo de una política exterior nacionalista, en donde el componente expansivo intentaba impedir un equilibrio europeo donde Francia y Gran Bretaña no tuvieran ningún competidor.

Ampliando la anterior afirmación podemos señalar que esta componente expansiva e imperialista es, por tanto, un elemento sustancial en la visión fascista de la política exterior, que estará presente ya en los primeros momentos del movimiento, aunque en esta primera época el imperialismo no es tanto una expresión territorial o militar como espiritual, moral y cultural. Para el

(38) R. FARINACCI: *Storia...*, cit., pág. 29.

(39) *Ibidem.*

fascismo, la tendencia al Imperio, a la expansión de las naciones, era una manifestación de vitalidad; lo contrario sería símbolo de decadencia. De esta forma lo expresará Mussolini:

«El Imperio no es solamente una expresión territorial, o militar, o mercantil, sino también espiritual y moral. Podemos concebir un imperio, es decir, una nación que, directa o indirectamente, guía a las otras naciones sin necesidad de conquistar un solo kilómetro cuadrado de su territorio...» (40).

Si Mussolini se lanzó a la campaña antieslava y antiwilsoniana fue principalmente por una idea de superioridad cultural que fuera la base de la apología imperialista como manifestación de la vida del pueblo y de la nación italiana (41). En este sentido, como señala el profesor D'Amoja, la idea dominante en este momento y en el primer decenio de su política exterior estaba basada en la previsión y en la afirmación de un destino imperial de Italia. La Italia fascista sería la heredera del pasado imperial de Roma y del *Risorgimento* como primera etapa de un movimiento nacional que, habiendo conseguido la unidad, debía seguir el camino inexorable hacia el Imperio (42).

Se puede afirmar, por tanto, que la política exterior tuvo unos componentes importantes en el *complesso de la romanità* y en la idea del *Risorgimento* sobre la preeminencia cultural de Italia, transformada y ascendida a la idea de Imperio (43). Estas características de su política exterior se podrán observar en la identificación automática de estos dos elementos, dentro de los *fascios all'estero*, que desarrollarán paralelamente labores de propaganda ideológica y de difusión cultural, porque el fascismo como movimiento asumía los valores «eternos» derivados del Imperio romano y de la cultura nacional.

(40) Cfr. B. MUSSOLINI: *La doctrina del fascismo* (trad. al cast. de A. Dabini), Vallecchi, Florencia, 1938, págs. 51 y sigs.

(41) En este mismo sentido se expresa G. RUMI: *Fascismo delle origini...*, cit., pág. 3. El Partido Fascista, como defensor de los sentimientos tradicionales nacionalistas y la política exterior, se encuentran recogidos en un libro de L. SALVATORELLI y G. MIRA: *Storia d'Italia nel periodo fascista*, Einaudi, Turín, 1957, págs. 192 y sigs.

(42) Véase F. D'AMOJA: *La política estera dell'Impero*, CEDAM, Padua, 1961, pág. 17. Sobre la vuelta a la idea del *Risorgimento* consúltese la obra de G. GENTILE *Che cosa è il fascismo. Discorsi e polemiche*, Vallecchi, Florencia, 1925, pág. 29.

(43) Sobre la relación entre la idea *risorgimentale* y la idea de imperio, véase C. COSTAMAGNA: *Storia e dottrina del fascismo*, UTET, Turín, 1938, págs. 90 y sigs. Igualmente, DE FELICE: *Mussolini il fascista*, págs. 374-375, recoge una amplia bibliografía sobre este tema.

Como señaló Bortolotto, resumiendo las «cualidades» del fascismo:

«Da Roma aveva erediato la volontà di potenza e di imperio, della chiesa la prestanza della fede, del Rinascimento il senso umano della vita, e il Risorgimento le aveva trasmesso lo spirito rivoluzionario e una rinnovata volontà di grandezza...» (44).

Estas dos características: la primera, esa fuerza motriz del *Risorgimento*, que F. Chabod definirá como «... il ricordo della grandezza passata, l'attesa de una grandezza futura» (45); la segunda, centrada en la idea de Italia como heredera de la potencia y de la acción civilizadora de la Roma imperial, fueron los pilares básicos de la concepción imperialista mussoliniana de la política exterior.

La primera manifestación de Mussolini en este sentido se puede encontrar ya en 1917; con posterioridad, en el discurso de Udine estos conceptos aparecen como presagio de su importancia en la configuración ideológica del fascismo en su política exterior:

«Celebrar la fundación de Roma significa celebrar nuestro tipo de civilización, significa expresar nuestra historia y nuestra raza, significa apoyarse firmemente en el pasado para mejor lanzarse hacia el porvenir... Roma es nuestro mito. Nosotros soñamos la Italia romana, esto es, disciplinada e imperial. Mucho de lo que fue el espíritu inmortal de Roma resurge en el fascismo...» (46).

Este planteamiento ocupará un puesto central en los objetivos internacionales de su programa de política exterior, expuesto en la fundación de los *Fasci di Combattimento* en la plaza de S. Sepolcro en marzo de 1919. Mussolini señaló en su discurso lo que deberían ser las aspiraciones italianas en el exterior:

«Tutte le Nazioni del mondo... hanno un Impero coloniale al quale tengono e che non sono affatto disposte a mollare in base a tutte le ideologie che possono venire da oltre oceano... L'imperia-

(44) Véase G. BORTOLOTTI: *Storia del fascismo*, Hoeplin, Milán, 1938, pág. 55.

(45) F. CHABOD: *Storia della politica estera italiana del 1870 al 1896*, vol. I, Einaudi, Bari, 1965, págs. 289 y sigs.

(46) Véase B. MUSSOLINI: «Pasado y porvenir», 21 abril 1922, rec. en *Espíritu de la revolución fascista* (trad. al cast. de Juan Beneyto), Ed. Vizcaína, Bilbao, s. f., pág. 41.

lismo è il fondamento della vita per ogni popolo che tende ad espandersi economicamente e spiritualmente... Noi vogliamo il nostro posto nel mondo, poiché ne abbiamo il diritto...» (47).

Estas aspiraciones, que tienen como punto de referencia la Roma imperial, «la única ciudad que había creado un imperio en las orillas del Mediterráneo» (48), suponen unos intereses concretos, que estarán presentes en todas las fases de la política exterior fascista. El principal de estos objetivos es el dominio del Mediterráneo como manifestación del poder imperial de la Italia fascista.

La ambición imperial mediterránea, como base en donde apoyar la potencialidad italiana, tendrá mucho que ver con la especial valoración que se realizará de España dentro de los objetivos de la política exterior fascista y estará también presente en sus primeros planteamientos internacionales:

«Un'Italia gigante di prestigio, di ricchezza e di potenza, ridiventata centro e guida e difesa della latinità dopo esserme stata originale: e ciò per la sua posizione geografica nel Mediterraneo...» (49).

El planteamiento imperial como eje fundamental de la concepción fascista de la política exterior tendrá en el Mediterráneo su primer y principal objetivo; este mar será una constante en los escritos que sobre el imperialismo realizará el Duce en estos primeros años.

El mejor resumen de la concepción fascista de una política exterior imperialista mediterránea quedará recogido en un párrafo escrito en *Il Popolo d'Italia*, en donde se combinan todos los elementos a los que nos hemos referido:

«Io ricordo la grandezza imperiale di Roma per asserire come il nostro popolo abbia una storia politica meravigliosa. Ora non siamo Nazione da soli cinquant'anni e durante questo periodo abbiamo fatto una piccola politica. La grande politica fu fatta immediatamente poco prima ed poco dopo la conquista di Roma... uo uomono solo è apparso veramente grande ed ebbe il coraggio in un momento in cui l'Italia sembrava essere dominata dalla politica del piede di

(47) Recensión en *Il Popolo d'Italia*, 24 marzo 1919.

(48) Véase B. MUSSOLINI: *Opera Omnia*, vol. XXI, pág. 359.

(49) M. ROCCA: *Dieci anni di nazionalismo fra i sovversivi d'Italia*, Vallecchi, Milán, 1918, págs. 144-147.

casa, diportare l'Italia nel Mediterraneo ed in Africa perchè sentira che non ci può essere grandezza nazionale se la Nazione stessa non espunta da un'idea d'Impero» (50).

3. EL FASCISMO COMO MOVIMIENTO ANTIPACIFISTA
Y ANTISOCIETARIO:
SU CONCEPCION DE LAS RELACIONES INTERNACIONALES

Los planteamientos que hemos recogido sobre los principales conceptos que componen la idea de la política exterior nacional-imperialista de Mussolini, suponen asumir cierto alineamiento concreto y vienen a encuadrarse en una situación internacioal determinada. Como señalará Salvatorelli, Mussolini se define internacionalmente con adjetivos que en ese momento tenían una significación especial: Mussolini se declara antipacifista y antisocietario (51).

Esta calificación internacional del fascismo se puede constatar en la lectura del manifiesto inaugural de la revista *Politica*, que publicaron el 15 de septiembre de 1919 dos personajes que, con posterioridad, serían altos jefes en el Partido Fascista, Francesco Coppola y Alfredo Rocco. Ellos recogen con claridad estos dos elementos, que hacen principal referencia a la guerra y a la Sociedad de Naciones, dentro de las leyes que, bajo su opinión, debían regir las relaciones internacionales.

Su planteamiento parte afirmando la existencia de una contradicción fundamental entre la realidad de la guerra y los ideales en nombre de los cuales se había combatido. La guerra, para ellos, no había sido en ningún caso la lucha entre imperialismo y democracia, sino el enfrentamiento entre dos imperialismos. Esto no suponía ningún significado negativo, sino que planteaba la necesidad de disipar la «aureola» de justicia que envolvía a la democracia, que, según su opinión, era un fenómeno de decadencia que degeneraba en pacifismo.

La exaltación de la guerra se deriva de una concepción «hobbesiana» de las relaciones internacionales, en donde era necesario aplicar al marco supranacional idénticas leyes en las que descansaban las sociedades y los individuos; estas reglas eran principalmente biológicas y descansaban sobre la competencia vital y sobre la fuerza, constituyendo estos elementos la base lógica de una «relación natural» entre los Estados.

(50) Cfr. *Il Popolo d'Italia* de 9 noviembre 1921.

(51) L. SALVATORELLI: *Il fascismo nella...*, cit., págs. 56 y sigs.

Esta visión derivará en la exaltación fascista de la violencia y de la fuerza y su aplicación concreta como principio teórico necesario en la política exterior. Este planteamiento tomará la fórmula «A cada pueblo según su potencia».

El planteamiento ideal que afirma la necesidad de «relaciones naturales» entre los Estados supondrá el rechazo de todas las situaciones intermedias que crearan alguna interferencia entre éstas. El fascismo, por tanto, tendrá un carácter antisocietario.

El enfrentamiento con las propuestas wilsonianas suponía necesariamente el rechazo del punto 14, que era considerado por los elementos fascistas como la solución buscada por el presidente americano para perpetuar su «utopía pacifista» en un gesto de «vanidad personal». Farinacci recogerá perfectamente esta idea al señalar:

«Pure la sua presunzione testarda, la sua vanità di salvatore degli oumini (aspettanti con ansiosa ammirazione), la sua gloria eterna, erano legate alla Società delle Nazioni, alla proclamazione di questo Patto celeste...» (52).

El rechazo de la Sociedad de Naciones como organización guardián de la paz era algo más que el «odio» declarado al presidente Wilson: suponía el enfrentamiento visceral entre los planteamientos pacifistas y las ideas intervencionistas en favor de la guerra, proclamadas antes y después del conflicto por Mussolini y sus seguidores.

Uno de ellos, F. Marinetti, que tuvo un papel destacado en la configuración ideológica del fascismo, así lo expresó en su libro *Democrazia futurista*, identificando el fascismo primitivo con el «nacionalismo popular y proletario»:

«Non Società delle Nazioni, ma semplicemente carabinieriismo universal. L'arma dei carabinieri a custodia dei popoli grandi borghesi intimoriti... la Società delle Nazioni è specialmente concepita come una morfina o una questura antirivoluzionaria. Noi futuristi la condanniamo recisamente perchè è la negazione di ogni interventismo...» (53).

De una forma similar se expresó Marinetti en su discurso del 23 de marzo de 1919 en la fundación de los *Fasci di Combattimento* (54).

(52) Cfr. R. FARINACCI: *Storia...*, cit., pág. 33.

(53) Véase F. MARINETTI: *Democrazia futurista*, III, Upep, Milán, 1919, pág. 116.

(54) Recensión en *Il Popolo d'Italia*, 23 marzo 1919. Marinetti fue el segundo en tomar la palabra después de Capodivacca y antes de Bianchi y Mussolini.

La idea que dominará las difíciles relaciones entre la Italia fascista y la Sociedad de Naciones será el convencimiento por parte de Mussolini de que la organización ginebrina tenía como principal misión el mantenimiento de la «preponderancia» británica y francesa consagrada en los Acuerdos de Paz. Se acusaba a la Sociedad de ser una «... mera cortina de humo ideológica, que servía como primera línea de defensa...» para los intereses creados por dichos acuerdos de 1919 (55). El Duce lo expresará con las siguientes palabras:

«... El fascismo no cree en la vitalidad y en los principios que inspiran la llamada Sociedad de Naciones. En esta Sociedad, las naciones no están en pie de igualdad. Es una especie de Santa Alianza de las naciones plutocráticas del grupo franco-anglosajón para asegurar la explotación de la mayor parte del mundo...» (56).

Las declaraciones de Mussolini en este mismo sentido fueron numerosas a lo largo de su régimen hasta su retirada de la Sociedad en 1937. El argumento más comúnmente utilizado en el primer decenio de su gobierno era el que se oponía al carácter igualitario de la Organización recogido en el párrafo tres del artículo 16 del Pacto. Para él, la Sociedad de Naciones era un *dueto* franco-británico en donde cada una de estas potencias tenía sus satélites y sus clientes, y, por tanto, la situación de Italia era de inferioridad.

Fuera de las razones anteriormente aducidas, la oposición a la Sociedad de Naciones por parte fascista vendría propiciada principalmente porque ésta suponía un obstáculo importante para la política exterior nacional-imperialista que se propugnaba; cualquier interés que propusiera modificar el equilibrio europeo existente llevaba consigo poner en tela de juicio a la propia Sociedad, más aún si el método utilizado era el de la fuerza.

Parece obvio señalar que todas las construcciones internacionales y societarias eran extrañas al espíritu del fascismo; sin embargo, cabe preguntarse cuáles fueron las razones que indujeron a la Italia fascista a permanecer durante tantos años en la Sociedad de Naciones.

Mussolini justificará la presencia en la organización de la siguiente forma:

«Es necesario quedarnos, aunque no fuese por otro motivo que el de estar en ella los otros, los cuales, si nos marchásemos, estarían contentísimos; harían sus negocios, defenderían sus intereses sin

(55) Véase G. SCHWARZENBERGER: *La política del poder*, FCE, México, 1960, página 254.

(56) B. MUSSOLINI: «Segundo discurso de Trieste», 6 febrero 1924, rec. en *Espíritu de la revolución...*, cit., pág. 42.

nosotros y tal vez contra nosotros. En la Sociedad de Naciones se tratan problemas y se toman decisiones que nos interesan, e Italia no puede estar ausente...» (57).

5. CONSIDERACIONES FINALES

El sistema político que dirigió Benito Mussolini, primero de estas características en aparecer en la escena europea, no sólo supone una nueva forma de entender la vida política interna, sino también lleva consigo un cambio en la concepción de la política exterior y de las relaciones entre Estados existente hasta ese momento en la Sociedad Internacional.

La política exterior de Mussolini y los elementos conceptuales que la conforman eran producto del desarrollo de ciertos planteamientos, tales como el intervencionismo o el nacionalismo teñidos de cierto populismo, que serán ampliados con una concepción imperialista agresiva frente a los intereses nacionales de otros Estados. Las relaciones interestatales serán planteadas como un conflicto permanente en donde se encuentra justificado el recurso a la fuerza como resultado de haber alcanzado la condición de potencia, expresión «suprema» de la «nueva» dignidad nacional.

La política exterior será entendida a partir de la política interna, siendo aquélla resultante del respaldo nacional unánime a un proyecto político y, por tanto, ligada al desarrollo de éste.

La componente imperialista como elemento básico en la concepción fascista de la política exterior desde el inicio del movimiento centró su mayor aspiración en el control del Mediterráneo, tomándose como referencia el «esplendor» militar, político y cultural de un período histórico anterior. La concepción imperialista en este primer momento de ajuste político y económico no estará basada tanto en la expansión territorial, producto de la agresión militar, como en la posibilidad de ejercer una influencia política y cultural en una serie de países.

La idea fascista de la política exterior y de las relaciones internacionales, partiendo de la posible aplicación de leyes naturales y de poder a las relaciones entre Estados, tomará la fórmula de valorar internacionalmente a cada nación según su potencia, rechazando toda instancia supranacional mediatizadora, que será aceptada dentro de un planteamiento utilitarista y de búsqueda de prestigio.

(57) Véase B. MUSSOLINI: «Respuesta al discurso de la Corona», 7 junio 1924, en *Espíritu de la revolución...*, cit., pág. 42.